

# CLARET, PINTURA Y GEOMETRIA

Hace unos tres meses que publicábamos una entrevista con el pintor barcelonés Juan Claret, en la que éste manifestaba, sin énfasis alguno, su diáfana posición personal ante la pintura. Ahora expone en la no menos barcelonesa Sala Gaspar, casa solariega de la mejor pintura catalana actual, y acredita con un amplio muestrario de trabajos todo cuanto comentábamos sobre su arte en aquella entrevista.

No resulta del todo fácil glorificar la obra de Claret. Uno piensa inmediatamente en su justificada acusación de que muchos críticos, en vez de informar objetivamente sobre lo que existe en el cuadro, divagan y se entregan a la disertación literaria. Yo, que no soy crítico, espero que el autor excusará que un plumífero se sienta tentado de escribir sobre lo que hace.

En verdad, pocas obras se prestan menos a la retórica expositiva y a la literatura conceptual que el arte, implacablemente lúcido y sobrio, de Juan Claret. Nos hallamos ante un pintor abstracto, de la más pura, rigurosa abstracción, que sugiere inmediatamente la definición de pintor concreto; exasperadamente concreto, con pasión dominada. El ascetismo de Claret, entre franciscano y desdeñoso, es un baño de objetividad frente a todas las tentaciones sentimentales.

Claret es un geómetra, alguien muy enamorado de la nitidez, de la rotunda delineación de los contornos, de la exigente subordinación de las formas a un canon intelectual. Cuando hace formas estrictamente planas parece estar descubriendo la estilización geométrica de los objetos. Nada más normativo, más ejemplarmente abstracto, que la geometría frente a la espontaneidad vegetal y difusa de las formas naturales, supremo gozo del viejo impresionismo. Pintor de formas geométricas, este dibujante limpiísimo, aséptico, traza incansablemente rectas, en ocasiones gráciles curvas, ángulos lineales o diedros. A veces esas formas se concatenan, formando masas serpenteantes, o se aglomeran en torno a un centro de gravedad. Lo que más nos atrae de su labor dibujística son unos volúmenes, muy aristados, muy corpóreos, a los que su autor dota de ideales transparencias.

En la exposición, Claret nos obsequia con diversos óleos, algunos de considerables dimensiones. En ellos va más allá de los problemas de las formas planas y del volumen estrictamente geométrico: busca luz, color, atmósfera; una profundidad que sea perspectiva y no meramente dimensión. (Tal vez no hay perspectiva propiamente dicha en los planos mosaicos de Claret; pero terminará encontrándosela, por mucho que durante años la haya rehuido.)

El color de Claret, naturalmente, es también de una austeridad sin concesiones. A partir del blanco, consigue una amplia y

delicada gama de grises hasta llegar al negro. Blanco, gris, negro, son los tres colores esenciales de Claret, lo que equivale a que son sus colores únicos, pues él declara que desea que en su obra todo sea «elemental e imprescindible».

Claret ratifica hoy ese arte lúcido, esquemático, radiográfico. Para no dar el menor pie a la literatura, no hay forma de encontrar en él problema o mensaje extrapictórico alguno. Sólo problemas técnicos y estéticos. Composición, ritmo, organización de espacios y de formas. Resuelve esos problemas mediante una composición rigurosa y hábil, en la que todo está en su sitio y con presencia justificada, y mediante una honesta, trabajada, depuradísima labor manual. A diferencia de mucha de la producción de hoy, ¡cuán pintadas, minuciosamente pintadas, están las obras de Claret!

Enrique BARCO TERUEL